



OPINIÓN

DESDE EL IESE

ALBERTO
FERNÁNDEZ
TERRICABRAS

GRACIAS A DIOS

YA en época de Adviento y acercándose la Navidad me apetecía escribirles sobre las muchas expresiones de la vida cotidiana que tienen relación con la religión y, en concreto, con el cristianismo. La idea se me ocurrió la semana pasada en el aeropuerto de Lisboa. A una señora se le cayó el pasaporte y no se dio cuenta. Un señor se lo devolvió y ella, agradecida, le dijo: «Que Dios se lo pague». Hace doce años, el periodista Salvador Alsius recogió expresiones y referencias de origen cristiano en un libro. A Dios le mentamos —«necesitarás Dios y ayuda»— cuando necesitamos una fuerza especial; cuando le hacemos cómplice de un deseo, «si Dios quiere»; cuando necesitamos protección, «que Dios nos proteja»; o para agradecerle algo, «a Dios gracias».

A Dios hecho hombre, Jesús, le pedimos protección y confort cuando alguien estornuda. En los ángeles pensamos para expresar dulzura y bondad, como cuando se le dice a un niño que tiene un «rostro angelical» o a alguien que «canta como los ángeles» o que «duerme como un ángel». El que vela por otra persona es su «ángel de la guarda» y comemos dulces «con cabello de ángel». El alma es nuestra substancia espiritual e inmaterial que mencionamos cuando no se hacen las cosas bien: «se me cayó el alma a los pies», «vendió su alma», «anda como alma en pena». A la que llegan grandes impactos: «le llegó al alma». Y quien nos permite esfuerzos sobrenaturales: «pondré cuerpo y alma».

Del demonio, el espíritu del mal, nos acordamos en situaciones desagradables como cuando «hace un frío de mil demonios». Cuando se habla mal de alguien «se le demoniza» y cuando un niño se porta mal decimos, cariñosamente, «que se comporta como un demonio». Su sinónimo, diablo, el ángel caído, también tiene presencia en la vida cotidiana: cuando alguien se porta mal está «poseído por el diablo» y cuando deseamos mal a alguien le espetamos un «vete al diablo» (cosa que no hay que hacer, especialmente por estas fechas).

Al traidor le decimos que es «un Judas»; una situación difícil es «un Viacrucis»; algo malo es «un pecado», y una buena noticia «suena a música celestial», aunque a veces también suenan a celestiales las promesas poco creíbles o engañosas. También ciertas palabras de uso común y no en entorno religioso tienen su origen en la religión como los «tormentos» que son martirios y que tienen su origen en los primeros cristianos torturados hasta la muerte (mártires); la exclamación de alegría «Aleluya», que en hebreo significa «load a Dios», o la despedida «adiós». Definitivamente, nuestra cultura tiene raíces cristianas.

Siendo éste mi último artículo antes de Navidad, les digo pues «adiós» con mis deseos de felicidad y alegría en estas señaladas fechas y para el año 2011. «Que Dios nos ayude a tenerlas» y que nosotros nos ocupemos también de buscarlas y valorar los muchos pequeños buenos regalos que, «gracias a Dios», nos da la vida. ¡Feliz Navidad!